

Julio Moncada y el último pacto

Acabo de desencarnar también en París pero, a diferencia de César Vallejo, él se ha ido en primavera. Por lo demás, la intuición -esa arma prodigiosa de los artistas-, le había revelado, en forma apenas velada, allá por 1948, que moriría inválido y solo, cuando anunció que se iría "con una mano inmóvil/ y sin pie/ con qué buscar la piel de mi camino".

No soy de la raza de los deshuesados, pero aseguro que cuando di a boca de jarro con la noticia en el obituario de un gran diario capitalino, lloré sin poder evitarlo. Decía escuetamente: **"Comunico el fallecimiento de mi hermano, el escritor Julio Moncada Fernández, ocurrido en París el 19 del corriente. Sus restos fueron enterrados en el cementerio de Pere Lachaise. (Fdo.) Vitalia Moncada"**.

Si dijera que acabo de perder a un amigo, sería muy poco. A riesgo de aparecer melodramático, me atrevería a decir que Julio Moncada -lo mismo que Julio Arriagada Augier- fue verdaderamente el mejor de mis amigos y el más digno de ser llamado hermano. Hechos singulares se encargaron, por lo demás, de crear entre él y yo, vínculos entrañables, que apuntan mucho más allá de la pobre prosa de la vida diaria.

Nos unía, en efecto, un pacto que no se formalizó nunca, pero que nos amarró para toda la vida. Cuando yo llegué en 1940 contratado por el Presidente Aguirre Cerda, a servir bajo la dirección de don Tomás Gatica Martínez, en el Departamento de Extensión Cultural, dependiente del Ministerio del Trabajo, me encontré a los pocos días con Julio, que era, por entonces, un adolescente flaquísimo y de desusada elegancia, aureolado por una olímpica melena liria y una sonrisa mundana que iba a provocar muchísima inquietud en la grey femenina. Una corbata negra de humita era como el sello o marchamo de aquella romántica efígie, que Eduardo Elgueta Vallejos, olvidado maestro de prosistas bautizó, con acierto admirable, como "El Doncel, don Enrique el Doliente".

Por uno de esos inexplicables designios o caprichos de Dios, una semana después se incorporó al Departamento nada menos que Nicomedes Guzmán, que acababa de provocar una verdadera conmoción en nuestra aldea literaria con la publicación de "Los hombres oscuros".

Ni decir que las muchas afinidades habrían de convertirnos, muy pronto, en algo así como los tres mosqueteros de la cultura, bajo la mirada entre paternal y socarrona de Gatica Martínez, a quien empezamos a proponerle toda clase de iniciativas. Así surgieron, entre otras, una Universidad Popular, por radio (entonces estábamos a años luz de la televisión), un ambicioso plan de conferencias, una embajada artística que empezó en los barrios metropolitanos y siguió luego, triunfalmente, a provincias, un programa dominical de gala dedicado, cada semana, a cada una de las naciones democráticas que participaban en la segunda conflagración mundial...

No sé en qué momentos, la infatigable inventiva de Gatica Martínez (no olvidemos que fue el autor del texto de "Con permiso de don Juan Luis", una revista que hacía llorar de risa a nuestros padres y nuestros abuelos), nos bautizó, repentinamente y vaya Ud. a saber por qué, como "Los tres Goldsack". Esto fue, por cierto, manifestamente injusto, pues Nicomedes era, ya, un novelista consagrado,

Hugo Goldsack



y Julio, poeta laureado en los Juegos Florales de Nufios, en aquella época, el barrio de lo que hoy llamaríamos el "jet set", en tanto que yo, entusiasmado con la política y sus espejismos, guardaba celosamente mis versos en un rincón del velador.

El huracán invisible del tiempo nos fue aventando, inexorablemente; unos verdes ojos de mujer, helénicos por añadidura, se llevaron a Nicomedes por caminos alucinados. Yo seguí compartiéndome entre la administración y los diarios y, más tarde, me fui al Caribe y, luego, a España, doctorándome de viajero: Julio, por su parte, se casó de nuevo y rumbeó al Uruguay, patria de Zulema, su nueva mujer, y sólo apareció por Chile "de entrada y salida". Terminó, como en el tango, "anclado en París", donde trabajaba vinculado- según me dijeron- a la Sorbonne.

En junio de 1964, la prematura muerte de Nicomedes Guzmán nos planteó un angustioso interrogante. Mientras Homero Bascuñán despedía sus despojos mortales en el cementerio y un viento helado estremecía el húmedo follaje de los cipreses, Julio se me acercó, diciéndome:

—Se fue el primero de los "Goldsack". ¿Cuál de nosotros será el segundo?

—Espero que sea yo, le respondí, tratando de espantar los oscuros presentimientos que nos desazonaban. Una ráfaga hizo temblar desesperadamente los cipreses en una tumba lejana.

Hoy, de los tres alegres mosqueteros, sólo queda uno, que espera -con extraña serenidad- la hora de su propia partida.

Los últimos días de Julio fueron muy tristes. Me dicen que había sufrido una hemiplejía y que estaba separado de su última mujer. Antes de morir, editó una antología de poesía chilena que no conozco y en la que incluyó un poema de Irma Isabel, que tomó de uno de sus libros.

Añoraba mucho su patria y tuvo la desgracia de morir en el momento justo en que los cerrojos implacables comenzaban a descorrerse en el ancho portón del retorno. La diáspora chilena ha perdido uno de sus valores egregios. Hoy, en que el verano acelera la desnudez de sus huesos en tierra, no por hermosa menos ajena, doy en pensar en la extraña conciencia y la sorda obsesión de la muerte, que lo persiguió desde joven, y de las que da estremecedor testimonio este poema suyo de los años cuarenta:

"Fues habré de morirme alguna vez/Morir de simple muerte. De morirme,/como otros viven sin saber por qué/Morirme todo lento, todo frío,/con una mano inmóvil y sin pie/con qué buscar la piel de mi camino./Morirme de morirme sin después./Dar una vuelta al cierro de mi sino/y quedarme acostado de través./No sé en qué lecho, ni siquiera en qué mes donde cuegue su ropaje el frío./Fues habra de morirme alguna vez".

Julio Mondaca y último pacto [artículo] Hugo Goldsack.

Libros y documentos

AUTORÍA

Goldsack, Hugo, 1915-1988

FECHA DE PUBLICACIÓN

1983

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Julio Mondaca y último pacto [artículo] Hugo Goldsack. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile